

FERNANDO DEL PASO

EL VA Y VEN
DE LAS MALVINAS



CENTZONTLE
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición (FCE, México), 2012
Primera edición (FCE, Argentina), 2012

Paso, Fernando del
El va y ven de las Malvinas. - 1a ed. - Buenos Aires : Fondo de Cultura
Económica, 2012.
120 p. ; 17x11 cm. - (Centzontle)

ISBN 978-950-557-912-9

1. Crónicas periodísticas. I. Título.

CDD 070.4

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

D. R. © 2012, Fernando del Paso

D. R. © 2012, Fondo de Cultura Económica de Argentina, S.A.
El Salvador 5665; 1414 Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

D. R. © 2012, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusco 227; 14738 México, D. F.

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere
el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN México 978-607-16-0939-7

ISBN Argentina 978-950-557-912-9

Impreso en Argentina • *Printed in Argentina*
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice



Prólogo ❖ 7

Londres, 5 de abril de 1982	❖	17
Londres, 12 de abril de 1982	❖	26
Londres, 12 de abril de 1982	❖	37
Londres, 19 de abril de 1982	❖	45
Londres, 26 de abril de 1982	❖	58
Londres, 3 de mayo de 1982	❖	66
Londres, 10 de mayo de 1982	❖	81
Londres, 17 de mayo de 1982	❖	88
Londres, 24 de mayo de 1982	❖	96
Londres, 31 de mayo de 1982	❖	104
Londres, 7 de junio de 1982	❖	111

Epílogo ❖ 117

Prólogo



Las Malvinas van y vienen

Son como islas flotantes. Algunas veces los ingleses se asoman a la ventana y allí, en el horizonte, como si estuvieran a punto de desembarcar en las costas de Southampton, están las Malvinas. O Islas Falkland, como las llaman. Es entonces cuando se acuerdan de ellas.

Otras veces se alcanzan a ver desde Buenos Aires. O mejor dicho, todos los días: los argentinos nunca las olvidan. Para ellos siempre están presentes.

Hace 30 años, nadie las veía por ninguna parte.

Y de pronto, surgieron en medio de las aguas, como un volcán.

El Atlántico Sur estaba en llamas.

Yo vivía en ese entonces en Londres y trabajaba en la British Broadcasting Corporation, más conocida, a lo largo y redondo del planeta, como la BBC. Me desempeñaba en los External Services —o Servicios Ex-

ternos— como traductor, locutor y productor de programas de radio del Servicio Latinoamericano. Y ocasionalmente como entrevistador de personajes latinoamericanos que pasaban por Londres. Es decir, de aquellos que nos asignaban. En una ocasión entrevisté a un hermano de Ernesto Guevara. Mis jefes no permitieron que, en la presentación de la entrevista, mencionara su vínculo familiar con *el Che*. La entrevista, de la que se cortó todo lo que se decía sobre el héroe argentino, quedó reducida a una conversación insulsa e intrascendente con un médico sudamericano que visitaba nuestra emisora. En otra ocasión, uno de mis colegas conversó con la hermana de Fidel Castro, Juanita. Ésa vez se hizo hincapié, en la introducción, de su parentesco con el líder cubano, y no hubo cortes: el odio de Juanita le dio a la entrevista el tono deseado por la BBC.

Transmitíamos en onda corta (en las bandas de 25, 31 y 49 metros) para los países de habla hispana de la América Latina.

Nuestros estudios estaban ubicados en un soberbio edificio situado en el corazón de la capital británica, llamado Bush House, que compartíamos con un gran número de profesionales de la radio que a su vez transmitían en húngaro, árabe, francés, ruso, swahili, portugués, rumano, etc. En total, en 31 lenguas.

De la BBC en general, por así decirlo, todos los bri-

tánicos eran los dueños. Pagaban una licencia cada año para garantizar la independencia de las numerosas emisoras de radio y las dos de televisión que entonces tenía: BBC1 y BBC2. En otras palabras, no era el gobierno británico el que financiaba a la BBC. Eran sus propios oyentes y televidentes. Esta autonomía garantizaba la imparcialidad de la BBC en el terreno político, así como el alto nivel cultural de su contenido. BBC1 y BBC2 se encargaron de hacer, en el siglo pasado, la mejor televisión del mundo.

Los Servicios Externos, en cambio, estaban financiados directamente por el Ministerio de Relaciones Exteriores británico: éramos el instrumento de propaganda del Reino Unido. Por lo mismo —y así lo expreso en mi libro de reciente publicación por esta editorial, *Bajo la sombra de la Historia*— la imparcialidad estaba muy lejos de ser una de sus prioridades: el criterio de los servicios extranjeros de la BBC daba tantos bandazos hacia la izquierda, la derecha o el centro como era necesario para ajustarse a los imperativos políticos de los sucesivos gobiernos británicos. Una fue la BBC que existía cuando ingresé en 1971, apenas un año después de que dejara el cargo como primer ministro el líder del Partido Laborista, Harold Wilson, y otra muy distinta la BBC de la que salí, en 1985, cuando Margaret Thatcher, la Dama de Hierro y líder del Partido Conservador, era la que llevaba las riendas del Reino Unido.

En este sentido, no nos diferenciábamos gran cosa de las emisoras oficiales de otras naciones cuyo objetivo era el mismo: la propaganda. Entre ellas, The Voice of América [La Voz de América], Radio Pekín o Radio Moscú, la RFI [Radio France Internationale] la Deutsche Welle alemana, Radio Vaticano, Saud El Arab de El Cairo, Radio Martí de Miami, Radio Europa Libre o Kol Israel.

Esto significaba que nuestras libertades estaban limitadas. La *línea* la dictaba el Ministerio.

En algo importante, en cambio, *sí* que éramos distintos: la propaganda británica era, de todas, la más elegante y discreta. La más sutil.

Por otra parte, de todas las emisoras de onda corta que en el mundo han sido, la BBC era, de lejos, la de mayor prestigio. Se lo había ganado durante la segunda Guerra Mundial cuando era escuchada con avidez y en la clandestinidad por los habitantes de los territorios europeos dominados por los nazis. Fue así que el Servicio Francés de la BBC, transmitido desde una localidad secreta, ya que Bush House era entonces un blanco fácil para los bombardeos, transmitía las arengas que el general De Gaulle dirigía a la Francia ocupada, en las que exhortaba a los ciudadanos franceses a unirse a los *maquisards*.

Y gracias a todo esto, y en virtud de que entre la Gran Bretaña y nuestros países no había ningún con-

flicto, el Servicio Latinoamericano de la BBC navegaba viento en popa por un mar de aguas tranquilas.

Y entonces ocurrió el *maelström*: la Batalla de las Malvinas.

La invasión de las islas por los argentinos causó una verdadera conmoción no sólo en los círculos políticos británicos: también en el Servicio Latinoamericano de la BBC. Los periodistas mexicanos, chilenos, argentinos, venezolanos y de otras nacionalidades latinoamericanas que entonces trabajábamos en la BBC nos enfrentamos a un dilema inesperado. Todos sabíamos que uno de los principales propósitos del entonces tirano de Argentina, el general Galtieri, era el de distraer a su pueblo de los crímenes de lesa humanidad cometidos por su gobierno durante la llamada *guerra sucia*, mediante un chubasco súbito de patriotismo y demagogia.

Pero también todos estábamos conscientes de un hecho simple y elocuente: las Malvinas están situadas a unos 500 kilómetros del litoral sudoriental de la Argentina, y a diez, quince, veinte veces más lejos de las costas de Gran Bretaña, y sin la menor duda su historia justificaba —y justifica aún— la reclamación de su soberanía por parte de los argentinos.

Salvo unos tres o cuatro de nosotros, que padecían de una anglofilia rabiosa, el resto no sabía qué hacer. Pronto lo sabríamos: nada. En una reunión de emer-

gencia en las oficinas del Ministerio de Relaciones Exteriores británico, unos funcionarios se encargaron de darnos las instrucciones pertinentes. Con la soberbia clásica británica —que en ocasiones puede ser inmensa—, nos ordenaron que en los noticieros nunca mencionáramos a las Malvinas sin antes dar su nombre en inglés: Islas Falkland. A continuación nos dieron una lección de historia (de su historia, la británica), en un intento por convencernos de que eran ellos, los ingleses, los únicos propietarios, legítimos, de las islas y lo seguirían siendo.

Sus amonestaciones y directrices fueron doblemente inútiles. Primero, porque los comentarios de carácter político que se leían en la radio estaban escritos o por los propios ingleses que trabajaban en las oficinas editoriales de Bush House o por destacados periodistas de la misma nacionalidad a quienes los Servicios Externos solían contratar en calidad de *freelancers*, entre ellos, algunos destacados periodistas de diarios como *The Times*, *The Guardian*, *The Economist*, *The Financial Times*, o los semanarios *The New Stateman* o *The Observer*. Por otra parte, los noticieros para todos los servicios eran redactados en lo que se llamaba el Central Desk de Bush House, y nosotros, los periodistas, así fuéramos húngaros, pakistanís o árabes, debíamos limitarnos a traducirlos literalmente, sin cambiar una coma: regla inflexible

que siempre existió, antes, durante y después de las Malvinas.

Nuestra opinión, por lo tanto, no sólo importaba un comino: estaba censurada.

Segundo, fue inútil ese lineamiento, porque apenas a dos o tres días de la invasión de las islas, los británicos se sacaron de la manga, de la noche a la mañana, una estación de radio de onda corta, en español, a la que llamaron Radio Atlántico Sur. Ninguno de nosotros, los colaboradores del Servicio Latinoamericano de la BBC, identificó alguna de las cinco o seis voces que transmitían en nuestro idioma, y que eran evidentemente voces educadas para la radio, claras y convincentes. Creo que sobra decir que la clase de propaganda que esa radio fantasma transmitía sí que era cínica y agresiva: la Gran Bretaña estaba en guerra con un país latinoamericano.

Lo peor fue que, en el momento del nacimiento de Radio Atlántico Sur, las autoridades británicas incautaron en beneficio de ésta las repetidoras que tenía la BBC en las islas Santa Elena y Antigua, indispensables para que las transmisiones de nuestro servicio llegaran a toda Latinoamérica: desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos. En otras palabras, el propio gobierno bloqueó a la BBC. La redujo al silencio.

Pero no por eso nuestro servicio dejó de trabajar. Durante las ocho semanas que duraron las escaramu-

zas sangrientas en el sur del Atlántico, continuamos produciendo los programas de siempre, con el mismo número de horas de siempre, en una atmósfera febril llena de suspicacias, iniciativas inútiles y una profusión de reuniones de emergencia. Como si alguien nos escuchara. Como si nuestras emisiones se dirigieran a algún país o un grupo de países. Le hablábamos a nadie. Transmitíamos a ninguna parte.

Ése fue un ultraje grave que el gobierno británico hizo a sus empleados latinoamericanos.

Mientras tanto, yo gocé el privilegio de *sí* dirigirme a alguien. A un público. Desde unos tres años antes yo había comenzado a colaborar, desde Londres, con un artículo semanal, para la revista mexicana *Proceso*. Inevitablemente, el conflicto bélico de las Malvinas me absorbió por completo, y sobre él escribí con pasión y asombro, en ocasiones con furia, la serie de artículos que el lector encontrará en las páginas siguientes. Los escribí a sabiendas de que no pasarían inadvertidos para el Latinamerican-Desk —como llamaban en el Ministerio de Relaciones Exteriores británico a la oficina que, entre otras cosas, monitoreaba la producción y las opiniones de prácticamente todos los medios impresos y audiovisuales latinoamericanos— y de que esto pondría en riesgo mi trabajo en la BBC.

Como por arte de magia, desde el día siguiente a la victoria sobre Argentina, desapareció el súbito orgas-

mo de patriotismo que habían experimentado los súbditos de Su Majestad británica —cuya mayoría es una de las más apolíticas del mundo—, y todo quedó en calma. Radio Atlántico Sur se esfumó en la nada de la que había salido, y la BBC tuvo —debo reconocerlo— la nobleza de no despojarme de mi empleo.

Pero el daño ya estaba hecho. Después de vivir dos años en Estados Unidos, once en Inglaterra y visitar París con frecuencia, me sentía ya como una especie de “ciudadano del mundo”. Me sentía también cada vez menos extranjero. Y de pronto, en unos cuantos días, esa ilusión se derrumbó: los ingleses me restregaron en la cara mi extranjerismo. Yo era originario de un país y de un continente subdesarrollados, y sólo un empleado al servicio del imperialismo.

Las Malvinas decidieron mi salida de Londres, una ciudad que quise tanto y por la que todavía siento profunda nostalgia. No fue fácil: vivía yo con mi esposa y mis hijos, y no era nada más cuestión de empacar y subirse al siguiente avión. Me había transformado, además, en nuestro barrio de Sydenham, en un *south-american* más. Porque así nos llaman a todos los latinoamericanos en Inglaterra: *sudamericanos*. No saben distinguir entre un peruano y un chileno, o un venezolano y un argentino. A todos nos miden con el mismo rasero. Confieso, sí, que nuestros vecinos se portaron con nosotros de manera amable, haciendo gala de esa

clásica cortesía inglesa —muchas veces hipócrita, pero siempre útil en el trato cotidiano—, pero no había ya nada que hacer: éramos bichos raros. Éramos más extranjeros que nunca.

Tres años después, dejamos Londres para siempre.

F. P.



Londres, 5 de abril de 1982

Nunca, desde la crisis del canal de Suez en 1956, el parlamento británico había sostenido una sesión en sábado. Nunca, desde el día en que al caer derrumbada, por órdenes del presidente *Nasser*, la estatua de Ferdinand de Lesseps, las tropas egipcias se apoderaron de las instalaciones del Canal, el gabinete británico había sostenido tres reuniones de emergencia en un solo día. Y es que lo inconcebible había sucedido: la invasión de un «territorio británico» por las fuerzas de un país extranjero. Y esto, a su vez, nunca había pasado desde la segunda Guerra Mundial. Al otro lado del Atlántico, a 13 000 kilómetros de distancia, 2 000 soldados argentinos, apoyados por 15 barcos de guerra y aviones de combate, desembarcaban en el archipiélago conocido por los argentinos y el resto del mundo de habla hispana como las Islas Malvinas y por los británicos como las Islas Falkland.

Esto, como se sabe, ocurrió en la madrugada del pasado viernes, a las 9:30, hora de Greenwich, y la operación y su éxito fueron anunciados muy pocas